

ME hacían daño los ojos de apretarlos tan fuertemente, sentía mucho calor y las sábanas se me empezaban a pegar a la frente: ya era difícil seguir respirando; pero no me atrevía a mover ni un solo músculo. ¿Y ahora qué? No se oía nada, creo. No, ahora no se escuchaba nada, pero todo mi ser estaba tenso y mi cuerpo empujaba hacia abajo el colchón con la esperanza de ser engullida por su espuma.

Nada..., no sucede nada. El silencio, únicamente interrumpido por el tintineo de los cristales de la ventana al pasar un coche, ocupaba toda la habitación. Creo que voy a bajar las manos un poquito y voy a mirar por una esquina: era familiar el blanco techo salpicado de la tenue luz de las farolas. Cada vez que pasaba un coche esa mancha giraba hacia mí trazando una semicircunferencia y rebotaba en el espejo sobre la cómoda que estaba a mi izquierda. No quería mirarlo directamente, porque me llegaría el reflejo del otro que estaba a mis espaldas, y ese sí que no quería verlo. ¿Qué podía haber en él? No lo sé, y era improbable que fuera a averiguarlo pronto, porque ese simple pensamiento aceleraba mi pulso, mi respiración y mojaba mi frente.

La puerta se había abierto, seguro, puesto que el característico chirrido del gozne, tan conocido, era lo que me había despertado. Esa certeza no me tranquilizaba, en absoluto, y, de nuevo, retornaban aquel profundo pinchazo en la boca del estómago y el pánico apremiante.

Me encantaba tirar de su picaporte metálico, aunque pesaba un poco por ese espejo que soportaba su frontal, y colarme entre la rendija hacia su interior. *-¡Ja! ¡Qué oscuro!* A tentón buscaba un camino dentro de él, alguna cavidad que me transportara a su verdadero contenido; y no quería conocer sus límites. Ese pasadizo me llevaría a otro lado, no sé si lejano o cercano, fantástico y desconocido, lleno de seres mágicos de toda clase de formas y tamaños, que yo no alcanzaba ni siquiera a dibujar.

Olía dulzón ahí dentro, y cuanto más se respiraba, más arriba se metía, produciéndome cosquillas y obligándome a estornudar. *-¡Jesús!*

Pasaba otro coche. Me dolía la punta de la nariz, y es que se me había quedado helada con el frío de la noche, y hasta parecía mojada. Comencé a atusarla con una pinza entre el índice y el pulgar, de las fosas a la punta, varias veces. Por fin reaccionaba, cubriéndose de un agradable calorcillo.

Pero ahora era de noche, muy de noche, y no iba a levantarme, ni a aventurarme hasta su puerta, para verme o ver qué en el espejo, ni menos abrirla e inspeccionar dentro, entre baldas y cajones, faldas o jerséis, y sabe Dios qué ropa ni qué cosas más. Y... y si algo había pasado a este lado, y si ese algo se había colado por la cavidad hasta su interior y esta noche había salido y entreabierto la puerta oteando dentro de mi habitación, y... y si había osado llegar a este punto, ¿cuánto no habrá podido empujarla y colarse dentro de... MI CASA?

¡Oh, cielos, cielos! ¿Qué puedo hacer? Miro al techo, no, no, mejor me tapo de nuevo hasta la cabeza. Por algo será que mamá hacía ya unos días me había prohibido terminantemente jugar a meterme dentro de él.

Recordé el icono que colgaba en la cabecera de mi cama, la virgen y el niño, y pensé en que rezándoles podrían ayudarme alejando todo aquello desconocido que temía. ¡Cuán difícil es dominar el pánico y ordenar la mente para iniciar una nueva tarea!

Hacía calor y olía a humedad. Había tirado tanto de las sábanas que se habían salido de debajo del colchón y con mis pies sentía el suave tacto de la manta. Comencé mis oraciones tal y como me había enseñado la abuelita: - *Por la señal...* Ahora pasaba el autobús, qué ruido hacía. Toda la pared y la ventana y los vidrios temblaban. El silencio completo me asustaba, pero aquel ruido tampoco era agradable; parecía que no iba a terminar nunca y cuando se amortiguaba y perdía en la lejanía, sentías llegar de nuevo el silencio añorando a áquel.

Retomé la oración, sin embargo, el hecho de mover el brazo debajo de las sábanas haciendo hueco en ellas no me pareció muy recomendable para alguien que quisiera pasar totalmente desapercibida, así que lo dejé ipso facto. Será mejor que piense otra cosa. Podría contar ovejitas, imaginármelas de una en una, esponjosas, detrás de una valla, y saltándola,... y me podría girar a la izquierda y hacerme un ovillo, y de esta forma no abultar y ser poco visible...

Era muy importante para mí no movilizar a toda la casa ni moverme de la cama bajo ningún concepto *esa* noche...

Una luz sobre mis párpados me despertó. Ya era de día, y de un salto me presenté en el salón, y lo que vi me dejó boquiabierto. Todo estaba dispuesto sobre los distintos muebles: sobre la mesa redonda, una cocinilla de baldosas azulonas con armarios, colgantes y a ras de suelo; en una silla junto a ella, una lavadora de hojalata, unos dos palmos de alta, con una manivela en un lateral; sobre el sofá, una enorme pizarra, rectangular, con letras y números enmarcándola; y debajo, tres niveles de bolitas de distintos colores insertadas en sendos alambres formando un gracioso ábaco; a su lado, también en el sofá, varios cuentos, y apoyado en el respaldo, el de *La Bella Durmiente*; al fondo, debajo de la ventana, varias cajas de colores; en una de ellas reconocí a la muñeca que tanto me gustaba; y pinturas y rotuladores; y sobre la mesa baja delante del televisor, un montón de menaje para la cocinilla: cacerolas de distintos tamaños, sartenes, vasos, platos, cubiertos... Corrí hacia la ventana y recogí lo que tan amorosamente estaba expuesto en el alféizar: una copita vacía, un plato que estuvo lleno de turrón, ya no quedaba pan... *-No entiendo por qué papá y mamá colocan aquí el avituallamiento para sus majestades, si esta noche han entrado por mi armario.*